

# **Los Cazaventura y el río escondido de la Amazonia**

Helen Velando

loqueleg

Ya no se aguantaba más el calor del mediodía en la vieja casona de la calle 121 Oeste, hogar de los Cazaventura. El sol caía a plomo sobre las verdes cuchillas y en el aire zumbaban los moscardones y los mangangás, acercando el aroma del verano.

Debajo de una gran enramada cubierta de racimos de glicinas, el tío Benjamín dormía la siesta en su hamaca paraguaya. Una revista cubría su cara y solo dejaba asomar su bigote de cepillo. Roncaba sin pausa y el aire movía las páginas logrando un sonido parecido al de una vieja corneta. No era precisamente música para los oídos, al menos para Hamlet, el gato gris, que echado en un almohadón junto al tío se tapaba la cabeza con las patas.

En la cocina de la gran casa de piedra, con las ventanas abiertas de par en par, Isabel preparaba un flan casero y batía distraídamente unas claras mientras escuchaba el canto de las chicharras. En la ventana, el azul de Villa Serrana se expandía y dejaba ver a lo lejos las ondulaciones de la serranía.

En el piso de arriba, subiendo la larga escalera de madera, estaba el cuarto de los niños. Martín, tirado en el suelo, dibujaba en un cuaderno extrañas máquinas con



poleas y resortes, mientras la iguana Silvestre lo miraba desde el tronquito donde se apoyaba dentro de la pecera.

Subiendo la escalera de caracol, en la torre, estaba Julieta. Miraba con su telescopio dorado las verdes colinas; Winona, la lagartija, reposaba sobre su hombro. El ratón Romualdo pasó corriendo por entre los pies de Julieta y desapareció detrás de la cortina salmón.

Los caireles que colgaban del techo descomponían la luz del sol y desparramaban arcoíris de vidrio por la habitación, mecidos apenas por una suave brisa.

La casa entera parecía sumida en un letargo a no ser por las pequeñas gotitas de agua que caían desde la pared de piedras grises cubiertas de musgo. En la casona de piedra de la familia Cazaventura todo estaba en calma, demasiado quieto...

En eso, por la carretera que bordeaba las sierras, una nube de polvo comenzó a crecer; una camioneta azul y lila se aproximaba a gran velocidad, brillando a la luz del sol del mediodía. Al llegar frente a la puerta de los Cazaventura, el motor se detuvo. Por unos segundos no se oyó nada... absolutamente nada. Hasta que la puerta de madera gris se abrió de par en par.

—¡Lleguéeee! —gritó el profesor Rolando Cazaventura.

El tío despertó violentamente, se enredó en la hamaca y cayó al suelo, mientras Hamlet, el gato gris, pegó un salto justo a tiempo y evitó ser aplastado. Isabel soltó el batidor, y el bol donde mezclaba los huevos siguió girando solo sobre la mesa. Rolando entró en la cocina y la besó sin darle tiempo a reaccionar.

—¡Traigo una noticia fabulosa! Vamos, tenemos que llamar a la familia.

Y sin darle tiempo a decir nada, Rolando se acercó al embudófono y tomando la manguera de la cocina gritó con todas sus fuerzas:

—¡Cazaventuuraaa! ¡Tenemos reunión!

Martín dejó su cuaderno y corrió rumbo a la planta baja. Se deslizó por el pasamanos de roble y de un salto quedó junto a su padre. Julieta llegó detrás con Winona subida en el hombro. El último en acudir fue el tío, quien entró desde la galería seguido por Hamlet.

10

Isabel apareció por la puerta de la cocina con una jarra de limonada, y Martín y Julieta se apresuraron a traer los vasos. Sentados alrededor de la mesa de roble, debajo de la gran araña de cristal, la familia esperaba que Rolando hablara.

El profesor Cazaventura bebió un gran sorbo de limonada helada y afirmó:

—Deliciosa, Isabel. Está deliciosa.

—Gracias, los limones los trajo la vecina, doña Amapola.

—¿Se puede saber cuál es la noticia? —preguntó el tío.

Rolando se alisó la barba castaña y sacó de su bolsillo una carta. La abrió y comenzó a explicar.

—Esta carta llegó hace unos días a la Fundación. Voy a leerles un párrafo:

*... Desde hace diez años realizo estudios de flora y fauna en la selva amazónica. No tengo una explicación científica para lo que está ocurriendo. Les solicito ayuda, confío en que me envíen algunos técnicos. Les ruego se comuniquen conmigo a Iquitos, ya que a principios de mes, voy a estar allí para algunas reparaciones en mi*

*barco y para reunir provisiones. Les adjunto material de mis investigaciones.*

*Saluda a ustedes,*

*Joaquín de Almeida*

Martín miró a su papá y, como si leyera el pensamiento de todos, preguntó:

—¿Y quién va a ir, papi?

El profesor Cazaventura sonrió con picardía y revolvió el pelo castaño de su hijo.

—¿Quiénes vamos a ir, Martín? ¡Nos vamos todos!

—¿Nos vamos todos? —preguntó, incrédula, Julieta—. ¡Genial!

Rolando les explicó que la Fundación había decidido mandar a varios técnicos. El profesor Rolando Cazaventura había sido designado como biólogo, y la doctora Isabel Fuentes, su esposa, había sido nombrada la antropóloga del grupo. Pero además, debían enviar a alguien que tuviera experiencia de campo, que conociera la zona y, por supuesto, pensaron en el profesor Benjamín Cazaventura.

Rolando mencionó el hecho de que sus hijos no podían quedar solos, así que se resolvió que todos realizaran el viaje.

—Entonces no nos queda otra cosa que hacer más que... ¡buscar los pasaportes! —exclamó, divertida, Isabel—. ¡Cazaventura, nos vamos a Perú!

Y a pesar del intenso calor, los cinco salieron disparados como flechas rumbo a las habitaciones. En pocos días la familia Cazaventura estaría volando hacia la exuberante y misteriosa selva amazónica.